

Gran líder, malos tiempos

XAVIER BRU DE SALA

LA VANGUARDIA, 7.11.08

George Bush, el ausente, ha dejado al mundo más pendiente que nunca de las elecciones norteamericanas. Calificar su herencia de catastrófica sería algo exagerado, pero es sin duda mala, tanto en el frente interior como en el internacional. Estados Unidos sufre una de sus peores crisis, con el añadido de una desigualdad social que deja a cuarenta millones de ciudadanos en la pobreza o la marginalidad, con escasas coberturas y una escasísima redistribución de la riqueza. Por si fuera poco, la guerra de Iraq ha puesto de relieve la debilidad de la primera potencia mundial ante las amenazas o las veleidades expansivas de otros países. El coste de las dos guerras, en sí mismas de pequeña o media escala, la mencionada y la de Afganistán, representa una sangría económica que sobrepasa el límite de la capacidad de financiación de nuevas intervenciones en el exterior, por lo que los peligros de desestabilización son mayores que nunca desde el final de la guerra fría. La invasión de Iraq, con su secuela de Guantánamo, significó una transgresión poco menos que irreversible del statu quo internacional y el respeto a los derechos humanos. Sin justificación válida alguna, Bush y los neocon traspasaron una línea roja que va a ser muy difícil volver a trazar, y aunque Iraq se va pacificando, el mal ejemplo puede cundir, empezando por Rusia e Irán.

La respuesta en las urnas del martes merece el calificativo de fulminante. El mundo, y los propios norteamericanos, eran conscientes de que se abría una nueva etapa, pero estaba por ver si iba a quedar en tímida rectificación del doble atolladero o se elevaría a franco y formidable

intento de dirigir el mundo hacia una senda de prosperidad con mayores cotas de justicia. El triunfo inapelable de Obama despierta grandes esperanzas. Pocas veces unos tiempos tan difíciles tuvieron un líder tan capacitado.

Hay que ser prudentes, no dejarse llevar por la ola de entusiasmo, advertir de las posibles desilusiones. Ello no quita, ni siquiera en una evaluación que intenta refrenarse para aparecer sosegada, el reconocimiento, de entrada, hacia las energías positivas puestas en pie por este líder tan carismático como firme y juicioso. Si la causa remota de la nefasta herencia de Bush hay que buscarla en los propios Estados Unidos, seducidos por doctrinas aventureras y arrastrados por una respuesta emocional al 11-S, el mérito de la reacción es norteamericano por completo. Para bien y para mal, la vieja Europa huye de lo primero y es incapaz de lo segundo. El foco de las energías, de las influencias, la capacidad de señalar el rumbo, se afianzan al otro lado del Atlántico. Los norteamericanos, impulsados por su presidente electo, han sacado unas increíbles fuerzas de su debilidad. El reconocimiento popular hacia las enormes posibilidades de la política, que está en la base del fenómeno Obama, es impensable en Europa, y no digamos en España o Catalunya. Ojalá nos contagiemos un poco.

Quienes pretendían descalificar al líder aduciendo un supuesto vacío detrás de la máscara de la oratoria, los mismos que le presentaban como un vendedor de humo, han sido desmentidos por la propia campaña. Veintidós meses bastan para escrutar y evaluar a un candidato. De no ser lo que aparenta, se habría puesto ya en evidencia. Nadie más que Obama habría superado a Hillary Clinton. Nadie más hubiera cosechado tantas adhesiones y valoraciones favorables, tanto de competidores en

el propio campo como de rivales en el republicano. Es cierto que sin el desastre con que concluye la era Bush, Obama hubiera contado con menos posibilidades de triunfar. La fortuna, en una de sus tretas paradójicas, ha sonreído a este hombre mientras enseñaba su peor cara a quienes sufren o temen la crisis. Las adversas circunstancias le han ayudado, al despertar fuertes deseos de cambio. Pero, sobre todo, es él mismo quien ha exhibido ante todo una firmeza, coherencia y claridad de juicio que se encuentran al alcance de muy pocos. Desde luego, no de su oponente, Mc-Cain, que se ha mostrado dubitativo y errático, muy por debajo de lo que cabía esperar por su personalidad y trayectoria.

Obama reúne una serie de características que lo convierten en un auténtico líder, el mejor de los imaginables para los malos tiempos actuales. Ningún resumen sumario podría pasar por alto, de entrada, la capacidad de comunicación, el electrizante fervor que levanta como si de él emanara. Orador insuperable, próximo, afable y poseedor de algo muy importante que le ha propiciado la superación del temido efecto Bradley: la elegancia natural, el porte sereno, la sencillez y la elocuencia del gesto. Obama es lo contrario de un patán. Nadie puede saber lo que bulle en su interior, pero la serenidad que trasluce parece corresponderse con su fuero interno. Lo mismo cabe decir, por las decisiones tomadas y mantenidas aún cuando parecían perjudicarlo, de su firmeza. La firmeza, claridad, capacidad de juicio y decisión, son rasgos realmente poco comunes, que hacen de él un líder, tanto de masas como de élites.